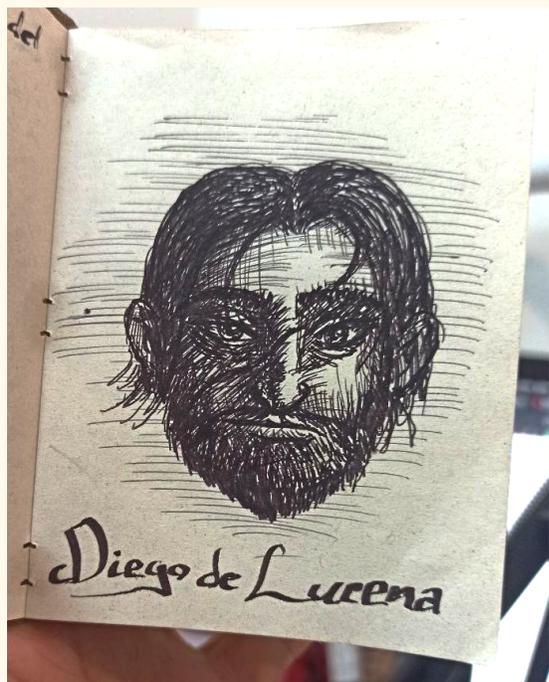


El Pirata del Bergantín Maldito

una partida de Blind Archivist

*Para jugar esta partida he usado las reglas base del juego **El Pirata del Bergantín Maldito**, de **La Rana que da la Brasa**, usando las propias cartas del tarot para añadir elementos de inspiración durante la creación del personaje y también alguna adicional cuando sentía que necesitaba algo más de azar en las propuestas.*

Personaje



*Mi nombre es **Diego de Lucena**, mis manos portan orgullosas el peso de **Clemencia**, mi pistola y **Templanza**, mi ropera de acero toledano. También recorren mis manos cicatrices de años de trabajos forzados en las galeras, mi voz quebrada de dar órdenes a la tripulación y mis ojos ya rehúyen del sol tras una miriada de amaneceres mirando al este.*

*Mi bergantín, el **Peregrino**, lleva en las velas, bordados en gualda, los nombres de la tripulación. También lleva, atados al timón, los hilos de todos aquellos que han servido en él cuando perecen o abandonan el barco, una vez se descosen cuidadosamente del bordado. Su recuerdo, de algún modo, guía mis viajes*

La Maldición

*El peregrino gris apareció una noche, la última vez que vi a **Araceli**. Solo yo soy capaz de verlo y oírlo. Nunca abandona el barco, solamente mira al horizonte, envuelto en su capucha. La primera noche me dijo, en un susurro: “La próxima vez que bajes a puerto, será el día en que cuelgues tu hilo en el timón. Ese día me marcharé contigo”.*

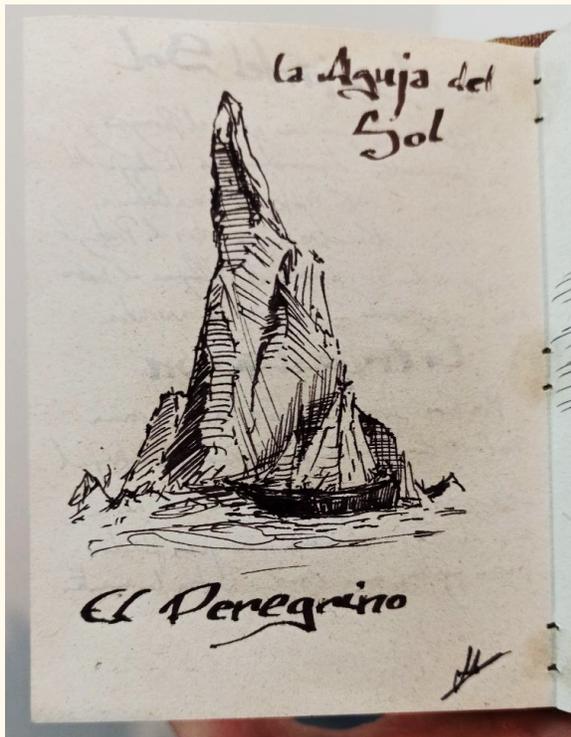
Desde entonces, mis pies no han vuelto a tocar tierra firme.





Araceli

Mi único impulso para seguir es mi amada, el anhelo de su piel y el clamor de su risa, que hace brillar las noches con mil soles. La imagino leyendo mis cartas, caminando entre nuestros olivos y acariciando sus hojas. Maldito el día que nos separó para siempre.



La Guarida

El único lugar en el que el Peregrino y su tripulación puede descansar es la Aguja del Sol, un diminuto islote de roca blanca, a varios kilómetros de las costas de Lisboa. Los picos de sus acantilados reflejan el astro rey, ocultando al Peregrino de miradas.

La Tripulación

Marinos contratados por el Reino de España, llevados al límite y abandonados a ser esclavos de guerra del Reino de Portugal. Liberados por mis manos en una noche sin estrellas. Hombres y mujeres fieles y con agallas, que me seguirán hasta el mismo día de mi muerte, si es que esta llega algún día.

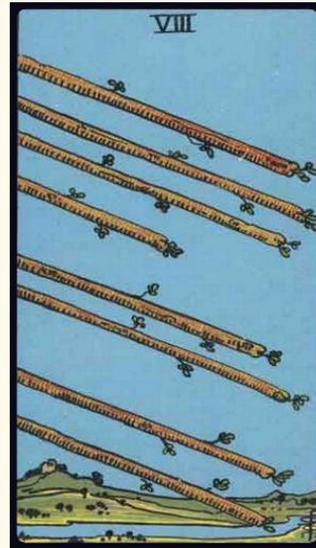
Primera carta.

Amor de mi vida.

Por fin hemos encontrado un lugar seguro. Al oeste de la costa de Lisboa, lo bastante lejos como para que no merezca la pena para cualquiera de las coronas el perseguirnos, se alza una cuchilla blanca de roca que refleja el sol, haciendo parecer que el alba tiene una gemela.

Otro barco aguardaba atracado, podrida la madera y raídas sus velas.

El peregrino gris me habló con voz queda al acercarme a proa. Otros marineros habían sufrido peor destino que nosotros en estos mares malditos.



[Evento: Barco Fantasma: Cruz, Cara]

La primera salva de saetas nos pilló por sorpresa. Nos parapetamos tras los caídos mientras caían incesantes los ástiles desde la penumbra. Entonces los vimos. Eran rostros fantasmales de esclavos, posiblemente huidos con la misma carraca portuguesa que ahora se caía a trozos.

Mi tripulación empezó a cargar los cañones y a repartir pistolas aún estando en desventaja contra las ballestas. Ráudo di la orden para que todos se detuviesen y alcé mis brazos en alto, mostrando las cicatrices de mis grilletes.

“No buscamos perturbar el descanso de los que aquí moran, ni saquear los tesoros que porte la carraca. Buscamos cobijo del cruel frío del mar y de los ojos de la flota portuguesa, que nos persigue para darnos muerte o devolvernos al trabajo forzado”.

Los fantasmas bajaron sus arcos, inclinando la cabeza mientras sus formas se desvanecían. Una única figura quedó junto al timón. Tocando su sombrero en señal de saludo, desapareció. Los restos que aún quedaban a flote de la carraca, cedieron al peso y se hundieron hasta el fondo.

Si algunas vez reúnes las fuerzas para hacerte al mar, busca la aguja que brilla al amanecer.

Segunda Carta



Amada mía.

Llevamos un mes cobijados en la Aguja de Sol. Ojalá pudiese coger tu mano y mirar juntos los amaneceres desde la baranda de babor del Peregrino. Hemos desbordado los nombres de todos los camaradas caídos y ahora acompañan a mi mano al timón.

La tripulación sigue acongojada, por la condición de este lugar, más no hay miedo mayor en sus miradas que la vuelta a los grilletes.

Esta misma mañana, un esquife con un puñado de hombres sobre sus tablas, alcanzó el Peregrino.

Parecía que la noche había sido cruel con ellos y las olas picadas habían empapado sus ropas. Los subimos a bordo y les dimos ron y mantas.

Al poco encontramos a uno de ellos deambulando por la bodega y a otros haciendo preguntas.

Supimos entonces, demasiado tarde ya, que no eran marinos cualesquiera, sino exploradores de la flota portuguesa que habían reconocido al Peregrino.

Habló el más alto de ellos, señalando en la distancia. Apenas un punto en el horizonte, se intuía la figura de una enorme carabela de velas tintadas de azul. “Mi barco está anclado, esperando nuestra vuelta. De no regresar antes de la noche, pondrán rumbo a esta roca y os darán caza. Os insto a que levéis anclas y regreseis este barco a la corona si queréis conservar la vida.”

Reconocí en su tahalí una espada negra de cangrejo con muescas en la guarda, que sin duda había ya mordido acero y carne en numerosas ocasiones. Resolví que era hombre orgulloso y buen espadachín, por lo que, para proteger a la tripulación, accedí a entregarme con la condición de que me venciera en duelo.

[Evento: Duelo, Cruz + Cruz]

Mis brazos ya no son aquellos recios y ágiles con los que te abrazaba en el olivar. Hasta esos momentos se fueron mis pensamientos cuando su hoja se hundía en mi vientre. La Templanza cayó, clavándose en la cubierta y mi cuerpo se desplomó. El duelista declaró su intención de cobrarse lo acordado; si no mi persona, al menos mi cuerpo inerte para colgar en Lagos, a la entrada del mercado de esclavos.

Oí al peregrino gris reírse a carcajadas, en un sonido que recordaba al crujir de la madera y la cuerda y lo ví sobre mi cuerpo. "Levántate, eres esclavo de la muerte hasta que satisfagas su capricho".

El hombre alto palideció al verme ileso y retrocedió junto a sus hombres, con su espada aún en la mano. Desde su esquife, mientras se alejaban, gritó a los vientos: "Demonio de los mares, cuando volvamos a vernos, tu barco arderá hasta la última astilla."

Y así descubrí, mio amor, que mientras siga atado a este barco maldito, sigo los designios de un poder más grande, pero no más amargo, que el tiempo y la distancia que nos separan,

Siempre tuyo.

Diego.

